

# Violencia y agresividad

*Héctor Gallo*

*Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Analista Practicante (AP)  
de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL Medellín)*

En el texto de Jacques Lacan *La agresividad en psicoanálisis* [1], el término agresividad denota una presión intencional que se manifiesta en estados emocionales como la cólera, el temor y la tristeza que no paraliza. Ella disgrega, despedaza, mina el buen entendimiento, conduce a la muerte, súbita o lenta, rompe la fascinación del amor, produce desencanto, causa separación, desestabiliza, reduce a la impotencia, desvía, afecta el sentido de la vida y entusiasmo a no pocos con la destrucción y el estrago. La agresividad constituye la significación común de no pocos estados emocionales y da cuenta de lo que hay de concreto en ellos. [2]

Que la agresividad se asocie con una presión constante, implica que no es ajena al estrés, pero no es éste su causa, sino uno de sus detonantes sociales. Una persona que pasa con cierta facilidad a ser violenta, es alguien a quien se le atribuye un carácter agresivo. Este carácter no depende de la guerra y la tensión por estrés, porque también se observa en tiempos de paz y equilibrio.

Para el psicoanálisis de orientación lacaniana, un ser humano no es violento por que tenga un carácter agresivo, sino porque comporta una presión sexual y agresiva a la que se le pueden dar respuestas civilizadas o no civilizadas. La presión agresiva es, en sí misma, irracional. Toma por objeto no sólo el rival, el enemigo y el diferente, sino también el más íntimo. Vemos, por ejemplo, que la violencia asociada al maltrato recae, generalmente, sobre el más íntimo y el más desvalido. Lo mismo sucede con ciertos crímenes atroces que suelen ocurrir en el ámbito doméstico.

La presión agresiva es humana y posee un sentido que no está en condiciones de comprender sino el mismo sujeto que la padece. Aunque obtener un beneficio político, económico o ejecutar una venganza, pueden servir de motivación agresiva en determinada circunstancia, su concreción depende de las formas de transgresión propias del grupo en el que se manifiesta la ejecución. Tomada en esta perspectiva, la agresividad será un elemento subjetivo dispuesto a manifestarse a partir de cualquier circunstancia favorable.

Es favorable a la agresividad, la pasión del odio, estado del ser que no es ajeno a la venganza. El odio, en su forma civilizada, nos ayuda a alejarnos de quienes nos hacen daño, o de lo que molesta, pero en su aspecto salvaje permite borrar todo lo que no sirva. Originariamente el odio se opone al amor, luego ambos coexisten en el mismo objeto bajo la forma de ambivalencia afectiva y, más tarde, esperamos que el primero se deslice hacia los diferentes, para poder conservar a los cercanos.

Mientras en una relación humana predomina el amor y la idealización, el odio por el mismo objeto se reprime o se dirige hacia objetos alejados del más íntimo. Pero cuando el amor y el ideal declinan en su función civilizadora de la presión agresiva, resurge el odio y es dirigido sobre el mismo que antes fue amado. Mientras el amor es una demanda que nunca abandonará al hombre, el odio es una reacción destinada a rechazar lo que produce displacer. Lo más displaciente en la vida cotidiana, es la cercanía de seres humanos que tienen formas distintas de vivir y a los cuales nada nos motiva a amar.

Es porque la presión agresiva es constante, que hay en la vida cotidiana una renovación más o menos permanente de la envidia, los celos y la rivalidad. Entre los animales esta renovación no se produce, pues no existen estos sentimientos. El instinto agresivo del animal está al servicio del equilibrio ecológico y de la conservación, en cambio la presión agresiva del humano desordena, resquebraja, disocia, fragmenta. El instinto no es un fenómeno de sentido, sino un esquema de comportamiento heredado del que depende el comportamiento animal.

Aunque en ciertas ocasiones el comportamiento de un animal puede salirse de aquellos patrones que hemos previsto, y sorprendernos, no hay allí un sentido a descifrar, ni la explicación se saldrá del orden genético. El comportamiento agresivo del animal no hay que descifrarlo, porque es algo preestablecido desde unos límites biológicamente definidos. El comportamiento violento de los humanos tiene un sentido, la mayoría de las veces oculto y ese sentido no lo revela la biología cerebral, ni los genes y tampoco se agota en los acontecimientos coyunturales asociados al desencadenamiento de la violencia.

Si bien el análisis social y político de un conflicto permite explicar los resortes objetivos de la generación de cierto tipo de violencia en un escenario concreto, el hecho de que en todo conflicto se encuentre una cadena de repetición implica que no basta con eliminar el elemento inmediato de discordia para que se logre una solución definitiva. Nuevos motivos de agresión surgirán, pues algo más estructural que el conflicto circunstancial, alimenta la presión agresiva en los humanos.

### **Entre el imperativo y la violencia**

El filme "La caída" es una versión cinematográfica de los últimos días de Hitler, basada en las confesiones de una mujer que fue su secretaria privada y que murió hace poco a una edad avanzada. En la película hay una escena que expresa lo que es la radicalidad de un hombre violento por convicción. Algunos militares cercanos al dictador se plantean la posibilidad de capitular, pues han verificado que el avance de las tropas rusas hacía Berlín se ha vuelto incontenible. La masacre de civiles es inminente; capitular es el único camino sensato para evitar la carnicería.

Pero capitular significaba, para el dictador, quedar reducido a la insoportable nada que tanto horror le causa en vida a un tirano, pues esa nada se opone a la grandeza de su imagen. En un tirano, la grandeza depende del poder que dan las armas y si su posición de dominación es decidida, la capitulación no existe. La consigna ética que, en este caso, se introduce, es consecuente con un NO radical a ser nada en tanto vivo: "primero muertos antes que capitular".

Anteponer la nada de la muerte a la capitulación en vida, implica una consigna incuestionable: "tu no osarás rendirte por más que la realidad demuestre que estás perdido". Subordinar el examen de la realidad a una idea, le da el valor de imperativo categórico. Su implicación en situaciones de guerra es grave, porque impide la entrada en escena del tribunal de la razón y excluye el diálogo posible como principio de una solución civilizada. Sucede lo mismo cuando una anoréxica llega a decir: "ni una pizca de comida".

Los más fieles al dictador se acogen al imperativo de morir antes que capitular. Deciden hacerlo por envenenamiento y de antemano ordenan la cremación de sus cadáveres, pues no quieren dejar una huella tangible de su muerte. Agregarle al hecho de morir la desaparición de la inscripción del nombre propio en una tumba, implica no querer dejar rastro simbólico del paso por el mundo. Esta es la nada simbólica que se prefiere cuando la gloria es condición para aceptar una tumba. En la película, es conmovedor lo que hace una madre convencida de la bondad del régimen. Se envenena en compañía de sus cinco hijos, porque "una vida distinta a la regida por las ideas Nacionalsocialistas, es nada".

Traigo este ejemplo con el ánimo de indicar que, si bien la segunda guerra mundial y todas las guerras de la humanidad pueden ser explicadas por motivos económicos y políticos, una consigna como la de "tú debes preferir la muerte antes que la capitulación" ya no podrá ser explicada desde esa perspectiva, porque es un elemento subjetivo que debe analizarse en una vía distinta. Esta consigna tiene una connotación ética, pues en el mismo instante del hundimiento del régimen, es convertida en una regla de comportamiento a la que deben someterse sus responsables, incluido el mismo que la profiere. Éste no se comporta, al menos en el aspecto anotado, como un canalla que quisiera eludir esa nada a la que le condena su propia regla.

El imperativo es la modalidad de ley que predomina en los totalitarismos, pues se sostiene gracias al ejercicio de la fuerza y el terror mas no por la concertación. Su ejercicio concreto constituye una ilustración del modo como se especifica en la vida psíquica la presión agresiva de la que se habló al comienzo. No existe el gen que explique la fuerza descomunal del imperativo ético y en ninguna parte del cerebro eso puede ser localizado, porque el imperativo es psicológico. Toda postura humana basada en imperativos no propicia sino violencia y es tan mortífera como la que puede desencadenar, por ejemplo, una desmedida ambición recubierta con una determinada posición política.

Aunque el uso político del imperativo lo encontramos instituido en los regímenes totalitarios, actualmente en las democracias es común escuchar que las guerras, como por ejemplo la de Irak, se justifican con un deber ser democrático y pacificador. Este deber ser, llevado al extremo, introduce un lado totalitario en ciertas democracias que quieren justificar sus actos guerreros con consignas referidas al bien. Con el bien de por medio no se hace sólo lo mejor, sino también lo peor. Además, ese ideal de bondad libera de la culpa y la responsabilidad.

El bien suele ser una forma de camuflar la tendencia a la destrucción, tendencia que es el soporte psíquico de imperativos categóricos como el anotado hace un momento. La tendencia es silenciosa, es algo que trabaja en el ser humano para que el diálogo fracase, por eso proponemos un análisis de la violencia que no se reduzca a motivos coyunturales y tenga en cuenta la larga duración propia del inconsciente y la pulsión en lo humano.

La hostilidad, el odio civilizado, el maltrato psicológico, el desprecio por el vecino, el rechazo de lo diferente, la segregación son fenómenos agresivos desde el punto de vista de la intención. Pero el acto violento en sí, aquel que surge sin control ni mediación simbólica, o que es la manifestación de un estallido inesperado que nos toma por sorpresa, ya no pertenece a la intención sino a una presión tendenciosa. Este es el caso de ciertos crímenes, en su mayoría domésticos, en los que no se verifica un cálculo de interés que beneficie al criminal ni motivos de odio, celos, venganza o ira que lo justifiquen.

La tendencia a la destrucción es un silencio que acecha, una fuerza que por no hablar, desconoce el diálogo. Un amo totalitario y un terrorista que ataca desde el anonimato, son la encarnación social de eso destructivo que por no hablar estalla. Es para enfatizar en este aspecto de la destrucción humana, que Lacan relaciona "las violencias propiamente dichas con una coyuntura de emergencia [...]". [3]

Coyuntura de emergencia es un término que hace alusión a un riesgo que debe ser tratado de inmediato, es un riesgo que no da espera, exige el concurso eficaz de un tercero. Las violencias que no son avisadas se asocian con la emergencia de lo que sorprende, por eso son traumáticas y contingentes. La transformación de las violencias contingentes es posible si hay asentimiento del agente que las promueve y puede lograrse en una convención de diálogo.

Pero ¿qué sucede cuando no hay condiciones favorables para que se instale la convención de diálogo, es decir, cuando ante la coyuntura de emergencia, en lugar de darse el consentimiento de llamar a un tercero, mas bien se le rechaza porque no se le atribuye credibilidad? Se instala el silencio

de la muerte, el reinado de la tendencia que no quiere hablar. El no diálogo, propio de esta postura, se expresa en el estallido que produce terror, estallido provocado por las manos de un enemigo anónimo, uno que no se sabe cuándo atacará ni dónde.

El no diálogo tiene que ver con posturas radicales, las cuales son rechazadas por quienes se consideran pacifistas por convicción. Un pacifista jamás se valdrá de un arma con el fin de obligar a un cambio de posición a quien piensa distinto al deber ser. Ningún ejército armado, legal o ilegal, es una fuerza de pacificación. Tampoco es pacifista aquel que dice: "primero muertos, antes que ceder a las pretensiones del terrorismo". Las violencias propiamente dichas encuentran su soporte fundamental en el silencio de los imperativos categóricos. Estos imperativos suelen instalarse entre contrincantes como respuesta al fracaso de la convención de diálogo, fracaso que incentivará una respuesta en espejo: "no somos responsables de haber retomado las armas, es el Estado por haber incumplido con lo que prometió".

## NOTAS

[1] Este texto se inspira en las tesis de Lacan Jacques, "La agresividad en psicoanálisis", en: Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

[2] *Ibíd.*; p. 96.

[3] *Ibíd.*